

Programas de televisión

■ ■ Nora Carolina Rodríguez Sánchez*

Le preocupaba sinceramente que a su esposa le gustaran tanto los programas de asesinatos. La veía disfrutar conociendo las diferentes maneras que usaban los asesinos... y las asesinas también. ¿Tendría ella instinto asesino? Nunca conoce uno a la gente, pensaba.

Nunca. Ya imaginaba que un día le daría veneno, que compraría un revólver y lo iba a encañonar, y hasta que podría hacerlo pedacitos, una vez muerto. Sobre todo lo imaginaba cuando la veía en la cocina cortando la carne concienzudamente, quitando pellejitos o nervios al bistec.

Podía pasar toda la tarde viendo programas de asesinatos seriales, asesinatos por encargo, asesinatos casuales y otra cosa que le encantaba eran los programas de hospitales. Uf, parecía disfrutar viendo cómo tenían que extirpar órganos, revivir al herido y eso de trasplantes era especialmente atractivo para ella. No le gustaban los que simulaban de más, como Dr. House, no. Solo sabía hablar de anastomosis. Eran mejores los programas donde eran médicos reales los protagonistas. Y si las mujeres eran las doctoras, mejor. Luego la observaba: con cuánto ahínco lavaba la cocina después de preparar la carne. Hasta tenía un frasco con cloro, de esos que tienen un aspersor que se puede regular para que el líquido salga en un rocío fino, o casi como un reguero de líquido. Limpiaba concienzudamente toda la cocina y él pensaba: así destruiría todo rastro de sangre. Además ella le contaba cómo descubrieron a tal o cual matón porque usaban ese líquido llamado luminol, que hacía no sé qué reacción y la sangre salía a relucir en lo oscuro. Caramba, limpiaba tan bien que de seguro, si lo mataba, no se vería ni con el tal luminol ese. Tratada de ser un buen marido y la cuidaba mucho, le compraba todo lo que mas le gustaba, iban de vacaciones una vez al año todos en familia, hasta llevaba a la suegra, quería ser

bueno nomás para que no se le fuera a ocurrir matarlo. Ni siquiera era capaz de tener pensamientos con otra mujer, antes de hacerlo, hasta se imaginaba que ella podría adivinar su pensamiento. Ella nunca se imaginó que a él le daba miedo eso. Porque para ella era divertido ver los motivos que tenían los que mataban. Que si por dinero, que si por venganza, muchos para controlar a alguien. Hombres o mujeres. Un día vio un programa que especialmente la dejó pensando por varios días. Porque era una mujer transgénero que vivía en una granja y tenía cerdos, entonces, ella mataba a la gente por lo que fuera y echaba los restos a los animales para que se los comieran. El caso la dejó impactada y se lo contaba al marido una y otra vez, cómo los marranos se comieron los cuerpos y él agradecía sinceramente vivir en la ciudad, lejos de ese ambiente campirano con granjas y esas cosas. Pero no tenía ni ganas de matar ni a él ni a nadie. Solo quería ver programas buenos, entretenidos.

Hasta que su amiga Leonora la invitó a tomar una clase de dibujo. Lo cierto es que le gustaba dibujar y pensaba que no era tan mala haciéndolo. El problema era que quería dibujar lo que veía en esos programas y la profesora, que era una mujer mayor, quería dibujos de frutas, de gatitos o de cosas del bosque o del mar, mientras ella pensaba en los cerdos comiéndose un brazo. Imposible dibujar aquello. La profesora podría tener un colapso. Entonces seguía las indicaciones de la profesora y después, ya sola en casa, daba rienda suelta a su inspiración y dibujaba escenas terribles. Un corazón humano tirado en medio del lodo, un ojo masticado por el animal. Se le empezó a ir el sueño. Las imágenes eran terribles. Empezó a soñar asesinatos, a verse en un quirófano siendo masacrada por una legión de médicos zombies. El marido se preocupó, pensó que no era buena idea la clase y que debía detenerse en esa afición a los programas sangrientos. Ya no temía por su vida, sino por la estabilidad de su mujer. Ofreció afiliarse al Disney Channel o al Nat Geo. Discovery channel era buena opción también.

*Autora del libro *Lo que parece, es*. Ha colaborado en publicaciones como *A lápiz*, *Nosotras*, *Conciencia Libre*, *La Quincena*, así como en varias antologías de cuentos. Nacida en Monterrey en 1957. Profesional de la Educación.

Eso hicieron y ya no volvió a las clases. Demasiada realidad. Se enfrascó en cosas de la naturaleza. En verdad descansó. Aunque había pequeñas dosis de matazones o desastres, era más llevadera la vida.

Para qué atormentarse.

Él también descansó.